

La vitrina que rompió

Dalí

MANUEL HERNÁNDEZ BENAVIDES

La situación de los migrantes europeos hacia Estados Unidos a comienzos de este siglo es diferente a la de los migrantes latinos de ahora.

El migrante siempre ha huido de una persecución. Pero los latinos de ahora están en una situación muy paradójica, porque vienen a los Estados Unidos huyendo de los Estados Unidos y de las consecuencias de nuestras políticas en sus países.

E.L. Doctorow
WORLDNET. Embajada de los Estados Unidos,
Bogotá, marzo 28 de 1990

ADVERTENCIA

Los estudios socioculturales vendrían a ser el eslabón perdido en la cadena de la migración: conocemos ampliamente los factores económicos que originan la migración -demanda de mano de obra por parte de un polo productor o país de llegada del migrante, bajos ingresos, deterioro de los salarios reales o escasas oportunidades de participar en el mercado laboral en el país de origen del migrante- pero desconocemos los procesos transculturales y transnacionales que los migrantes originan con su llegada.

El anterior postulado fue escrito después de mis primeros contactos con migrantes y cumplió con la finalidad de establecer la importancia sociocultural del factor migratorio en una investigación que hoy ha sido terminada en una primera fase y que lleva su propia dinámica. Sin embargo, corría paralela otra posibilidad mucho más literaria o totalmente literaria -siempre hay algo de literatura en toda consideración social y cultural- abrir la compuerta netamente estética y trabajar como ya lo había hecho con un conjunto de poemas.

En orden a establecer una metodología de acción-

investigación, viajé a Nueva York en 1990 y acepté la invitación de algunos académicos norteamericanos que habían vivido en Colombia y, por tanto, se habían "llenado también de sospechas" sobre la importancia del factor migratorio en la cadena industrial del narcotráfico; además, querían que este investigador tomara contacto con ciertos migrantes no involucrados con la droga pero implicados en esa vieja cuestión de ser colombianos en una especie de primera aproximación que sirviera para comenzar un trabajo de levantamiento etnográfico. Me rondaban una o varias preguntas: ¿Debía extraer y excluir las condiciones de mi llegada a Nueva York ya no como simple turista o estudioso sino como todo esto más investigador? ¿Debía excluir la naturaleza migrante de mis emociones -emociones que no eran las de aquí ni las de allá-, lo mismo que las de mis amigos que me recibían, o las de los colombianos que yo entrevistaría?

La primera impresión o 'composición' de lugar que pude establecer en una noche y un día o dos de contacto con José Domingo Murillo, un migrante de Punto Tejada, lo mismo que en la comida de despedida con los biólogos colombianos que trabajan en paludismo, lo mismo que con el estudioso

MANUEL
HERNÁNDEZ
BENAVIDES,
Abogado,
Profesor de la
Universidad de
Los Andes.

la otra u
a ir r d la
aí u

literato Alfredo Arango-Franco, ese conjunto de impresiones se me reveló como en una clave dicotómica, con sus frecuentes intercepciones. El norte, la droga, el ser doctor, eran cosas que se traslapaban con la esencial ambigüedad de ser migrante.

El texto que se publica a continuación es el testimonio estético literario de esa llegada, esa visita y ese sondeo brutal de la mano de otros que de una u otra manera tenían la misma emoción migrante.

Este investigador quiere simular que es un migrante para ocultar que es la representación frustránea de un migrante, conforme a sus antecedentes de familia y de grupo social, donde se encuentra el típico caso de migrantes de clase media, donde ya se cultivaba el fetiche de «Aprender inglés para salir adelante... para que a uno le fuera mejor en la vida». Hay veinte años de diferencia entre la migración de sus familiares sanguíneos y políticos y este momento de simulación, que se transforma en una nueva manera de investigar desde el equívoco y fetichizado ambiente del investigador, como lo que hay que ser ahora... Con un final que se cristaliza como expectativa en la política estatal colombiana, el mismo mes en el que se inició la discusión sobre políticas de doctorado, en simposium cuya ponencia central fue de Gabriel Restrepo.

Eres doctor en reencauche de la palabra *doctor* manida y abandonada por lo mismo en Colombia. Ahora ser doctor es ser DOCTOR, como se supone que representa en la academia norteamericana, donde se guarda la cadena del saber y la educación -Proyecto Henry Adams- es decir Ph.D., para lo cual hay que saber inglés perfectamente. Un bilingüismo sin picaresca para salir adelante. Para salir adelante hay que saber un buen inglés. Un inglés de academia, es decir, un inglés Michigan, un inglés 15 niveles, para luego poder hacer con tu pregrado, como universitario colombiano, una maestría en una universidad de Estados Unidos que te permita colocarte de candidato a doctor tras muchos años de humillación y de pobreza. Si te va muy bien, ya enfriado por la vida, conquistarás el cargo de Candidato a ... y serás una persona con relativa posibilidad de conseguir una laboriosidad prestigiosa en «el país más importante del mundo». Pero resulta que tú no eres bachiller siquiera y también te

vas para los Estados Unidos. Entonces llegas como un indiecito pegadito, con babitas, y comienzas a tratar de manejar tus afinidades hispanas y chicaneras. Y aprendes otro español distinto. La red de los migrantes hispanos a Nueva York está tejida con la gente que llega con el bilingüismo informal y con la gente que llega con el bilingüismo formalizado. Ellos son enemigos en Estados Unidos.

¿Pero puede un viajero a Estados Unidos, proveniente de Colombia, en una investigación sobre migrantes, desde el punto de vista de la representación imaginaria de su situación (política), negarse a hablar de lo que ha sido trasegado por la información que circula en los medios de comunicación? ¿Puede hacer caso omiso de sus circunstancias personales y no penetrar en el trasiego de sus recuerdos y reminiscencias como fuente de shock (Benjamin), en sus experiencias lingüísticas que son sus instrumentos de veladura y revelación? ¿Puede no trasegar en el trasiego una vez más?

El investigador asume que él sabe, que como el investigador policial lo que tiene que definir es cómo va a volver a repasar las evidencias, las certidumbres y los indicios de unos hechos que constituyen el enigma de su investigación. Ya desde la nueva perspectiva, se da como una representación cultural en el más amplio sentido: ser la parte más alta de la escalera académica y conocer la *kultur* y, de otro lado, estar en el rodaje de los símbolos culturales informatizados. Y ser también, en el sentido laboral clásico del migrante, un recurso muy calificado. Hedonista dentro de la imagen del profesor con pipa y chaqueta *tweed*, y un apartamento donde los libros reemplacen las otras mercancías en una escala de veinte a uno.

El método es no confiar en salir al terreno sin antes reconocer que el campo ha sido trasegado, evadido y a la vez vuelto a trasegar en búsqueda de la experiencia original que da ocasión a una ley de método. Sin embargo, no puede decir que las experiencias, aun como se le dan, no sean simulación, pues quiere ser él pero ya es otro. Otra lengua le espera y un idioma relativamente aprendido le susurra sus ansias de ser probado. Un acceso a la meta mimética: la validación de la experiencia en

otro idioma. La mimesis de otro sistema total de convenciones. No esquemática. Pues detrás de la representación signica (lingüística) hay otra: la representación de reminiscencia (Proust), y la representación del camino urbano (James Joyce), lo mismo que la representación del conflicto o litigio cultural entre ser WASP y ser HISPANO. Categorías anticuadas y desuetas pero que pertenecen al camino de la diferencia (Derrida) y a su neo-acontecer en los umbrales de la percepción del enigma. Roles cruzados serán, por consiguiente, todos como ya se ha dejado ver en la *Carta robada* (Poe). Como flujos de diario, donde cada eje referencial se mueve entre la anécdota más simple y el pliegue que acosa su propio borde hacia el enigma (in)visible. Ser viajero, turista o migrante o de negocios, como reza la convención de las autoridades, deja por fuera muchas posibilidades de los infinitos matices de tránsito entre una casilla y otra de la hoja de inmigración. Como en el juego de *Rayuela*, la clasificación se hace imposible; se está tentado, más bien, a poner una cruz entre dos casillas. Algo de esto está latente en la experiencia del migrante, clandestino o no, cuando "se representa" la casilla que tiene que llenar. Casilla que devendrá rol -que devendrá mano de obra en oferta, categorización, ser o no *ilegal ínula* o simplemente *hispano*.

Yo llego a Nueva York por bus desde Ammerst, Massachussets, y entro a la estación de la calle 42 a un punto llamado Port Authority, que quiere decir Puerto Autoridad-Definitivamente no hay nada que hacer... Por más que yo quiera negarme a eso y darle un contenido descontextualizado, el puerto se llama autoridad.

El bus entra buscando el nivel de parqueo. Da vueltas, profundiza, sube, baja. El bus ha entrado por la calle 140; he visto Harlem y he visto el agachamiento de la espalda de los negros de Harlem, que es el agachamiento original de los algodonaes de Luisiana. Pero en las esquinas ese agachamiento está acompañado de la *fullera bazuquera* del crack neoyorquino que se transforma, en la práctica, en un conjunto de manifestaciones underground de carácter delgado, sofisticado y profundamente dramatizado. Son los

colchones en las calles de Harlem con gente sentada chutándose, fumando y transportando y negociando droga. Entre policías de raza blanca, italianos e irlandeses, mujeres y hombres que van con perros y se bajan de radio-patrullas hacen rackets muy mal hechos porque todo está ya, afortunadamente, profundamente corrompido.

He pasado por ese Harlem, y comienzo a ver a personas latinas o lo que llaman allá hispanos, sin casa, y comienza a funcionar en mi cabeza la primera palabra del neobilingüismo de los ochenta y los noventa, que son los home-less, o el fenómeno del home-less-ness, que es un fenómeno de las ciencias sociales norteamericanas que quiere decir «aquél privado de hogar», según una traducción literal y que en general significa la gente que está en la olla pero que a su vez, en otro lenguaje que no es ni el de las ciencias sociales norteamericanas ni el coloquial bogotano de estar en la olla, significa un impacto visual muy trasegado y trasegante de lo que significa el migrante. Y están sentados en sillas recogidas en la calle, de fórmica liviana con tiras de plástico tejidas, leyendo el periódico bajo la luz de iluminación de los pasos peatonales de los infinitos círculos infernales del Port Authority. Sin camisa, porque va a calentar -es el comienzo primaveral de la noche neoyorquina- y ellos sentados allí; leen el periódico en castellano y en inglés simultáneamente, y yo los veo pasar por la ventana del autobús que está llegando a Nueva York y que ya pronto parará -y yo tendré que enfrentarme a mis dos maletas y a la advertencia de mi anfitrión de Nueva York de que me van a robar en Port Authority, no los colombianos sino los otros hispanos.

Primer contacto con un migrante en Nueva York

Casa de Mick. Lunes, diez de la noche. Llega José, de Puerto Tejada, a conocerme. Mick le ha avisado. José nunca va solo a esos eventos. En esos momentos se hace necesario que el investigador se presente: «Yo entré por el Norte...» afirmo, queriendo decir que entré a los Estados Unidos por Massachusetts. El amigo caleño mestizo de José brinca de asombro en el asiento porque cree que yo entré por el otro Norte, por México, por el

cd
"O
cd
5—
*p-4
£
r₃
U
+>
O
cd
I

Hueco, con lo cual se comprueba la hipótesis de los bilingüismos perfeccionados. Yo entré por el norte, quiero decir por Nueva Inglaterra, por la patria de Edgar Allan Poe, de Emily Dickinson, de Nathaniel Hawthorne, de Melville, y él cree que yo entré por el hueco de la realidad dura del Río Grande, del Paso, por Tijuana... La conversación se torna ágil y un poco peyorativa acerca de lo que significa para los migrantes el libro de Castro Caycedo. Hay una mezcla de recato de que les han exhibido sus llagas, sus vergüenzas, y de otro lado existe un deseo de ostentar y simular, o por lo menos representar una nueva dignidad muy a la norteamericana que puede, en algún momento, volverse tornadiza con mi franqueza orgiástica de suramericano irónico. ¿Cuándo el migrante compra su primer contestador automático? ¿Cuál es la traducción al inglés de esa máquina? La máquina... ¿para qué sirve? Para que ninguna llamada se quede sin atender. También para ensayar nueva voz en inglés. Para decir por ejemplo: *This is number...* ¿Cuándo comenzará el migrante, o el bilingüe norteamericano, a contestar su máquina directamente en español? *Callfrn 800...* Para comprar por teléfono. Las llamadas pornográficas en inglés... ¿habrá en español? Se descubre el peligro de la libertad de palabra del parrésico dentro de la cultura norteamericana. El migrante internaliza esa dificultad y la transforma en mayor concentración hacia el trabajo.

José se ofrece para pasar por mí al día siguiente para iniciar el conocimiento de los migrantes. José ha diseñado una ruta que quiere que nosotros, Mick y yo, recorramos con él como Virgilio. El viaje a los infiernos de los migrantes. Y también a sus purgatorios y a su paraíso en la tierra.

José tiene 32 años. Nació en Puerto Tejada, Cauca. A los once años conoció a Mick. Hace 21 años, los mismos que lleva Mick viajando a Colombia. Explicación de la historia de vida de Mick (incidental). José viaja con Mick a Michigan. Se hace invitar como informante por Mick. Ambos lo quieren. Después Mick lo repetirá con Jimena. Mecanismo no frecuente que mezcla dos representaciones: la academia y la ilegalidad en una mezcla de difícil discernimiento. ¿Quién engaña a quién? ¿El

migrante al empleador invitante o viceversa? Hay que plantearlo. José hace un curso sin formación previa en colombianidad a través de todos los textos que Mick trabaja. En español. «La violencia en Colombia», etc... Comienza a hacerse adulto. Es como un hijo del primer matrimonio de Mick. Hace bachillerato en el Sena y varias veces se escapa de prestar servicio militar. Siempre a partir de ese momento cargará el dispositivo que le permite ir a Estados Unidos, un pasaje y una invitación. Creo que después se transforma en un contrato de trabajo con la Universidad de Michigan en el sector servicios. Se hace adulto. Se casa con una norteamericana que al cabo de un tiempo de casados le pide que se psicoanalice para madurar la relación. José me dice: «Yo no quiero dejarme escarbar de nadie. Pero ella me da un plazo, yo le digo que no. Yo lo pensé mucho. Una noche nos separamos y yo cogí el carro, compré una botella de ron y manejé toda la noche llorando como un niño. Como a los 3 meses ella me llamó y me dijo que por qué no hablábamos, pero ya era muy difícil». Ha hecho otros trabajos que desconozco y luego Nueva York. «Aquí trabajo como taxista. Rentar un taxi vale cien dólares diarios. A veces deja los doscientos o los trescientos, a veces sólo la paga de la renta, así...»

Un día, estando detenido en un semáforo, lo atropelló una limosina Lincoln por detrás, le rompió una rodilla y le lesionó la espalda. Tiene una reclamación que le puede significar una buena indemnización. Colombianos que viven muy bien por la indemnización o como migrantes que se han ganado la lotería. El estado prefiere nacionalizarlos antes que perder los impuestos. Ahora José no hace casi nada. Importó a Estela desde Puerto Tejada: ella entró por el Hueco con la ayuda del Coyote, que era amigo de José, y de un cura colombiano que trabaja en México y que en Colombia era medio subversivo. Estela espera un hijo para esta semana.

De Ann Rubbo, la primera esposa de Mick, sacó su conocimiento de Robert Moses, el arquitecto que hizo la Nueva York de los años 30 y su posterior desarrollo. La representación que tiene José de los metros subterráneos y los elevados como un acto clasista de Robert

Moses. Debe ser verdad. Él cree que eso dañó la Avenida Roosevelt en Queen's, que es el sector netamente colombiano. Sin el elevado sería como un Chapinero. Es versado, a su manera, en Moses. Hay que leer a Moses y sus políticas sobre migrantes desde el ángulo de la administración pública del espacio urbano. Pero José también sabe los distritos de cada nacionalidad o etnia de migrantes, y maneja la representación de los negros y de ser negro desde cada etnia regional.

Dominicanos, jamaíquinos -los más duros- boricuas -sin problemas de legalidad-, los cubanos -con su prohibición de volver a su país sobre las espaldas-, y los colombianos -afectados en los últimos diez años por el problema del tráfico y distribución de narcóticos.

Hay que ver la presencia del negro hispano comunicándose con el *bro, bro*, que es el apócope de *brother* y que mediante gritos caribes, completamente hispanos, negros, con gritos del rito afro-americano de chiste y miedo clandestinan su bilingüismo informal, porque todas las frases terminan con *bro*. Entonces si tú y yo somos *bro* y en efecto, somos negros ambos, tú no me exiges que yo te hable *puré* sino que yo te puedo hablar machacado, pero lo importante es que al final te ponga *bro*. Ese es el enunciado. Y ahora la experiencia: voy yo con José, negro de Puerto Tejada, a tomar el metro. José sabe que yo estoy perdido topológicamente en ese momento. O sea, no sé para donde se debe coger el metro ni nada, pero yo no le digo porque tengo mi orgullo y él se la pilla. Entonces él dice: lo mejor es que a Manuel le den un mapa del metro en el metro.

Entonces le dice a un *blue color*, o sea a un agente empleado del metro que trabaja vendiendo fichas de metro, le dice en el inglés gritado de negro neoyorquino: *map*. Él me mira a mí, mira a José y le grita «no tengo», pero es el neoyorquino Harlem, no neoyorquino hispano. Entonces José le dice en machacado «usted tiene la obligación de tener mapas del metro de Nueva York y mi amigo llegó ayer y no sabe cómo es y usted tiene que darle un mapa» y el otro le dice «sí pero no tengo». ¡Plun! Ventanilla, negros, pero yo no diría que estoy en Nueva York. Yo estoy en

Bogotá donde nunca hay nada. Yo miré para adentro y en efecto el cajón donde deberían estar los mapas estaba desocupado. El crescendo de los gritos negros entre los dos se mantiene durante unos doce segundos más, catorce segundos. Se dicen cosas, luego se ríen después de asustarse con los ojos, como en Cartagena: dos negros cuando se agarran por ahí por cualquier pendejada: se miran a los ojos después de haberse asustado el uno al otro con la gritería que arman, se ríen, se dicen *bro* y nos subimos al metro y no pasa nada. Y ahí se acaba esa escena.

Por aparte, los negros norteamericanos de Harlem, representados por la película *Do the right thing* y que no es totalmente satisfactoria... ¿Quiere que lo lleve a ver la calle donde hicieron la película...? La Avenida de Harlem, donde José vio por primera vez una cantidad superior a doscientas mil personas de raza negra manifestándose. ¿Qué sintió José a la luz de la retórica del poder negro y la colocación de su problema de migrante en un segundo término?

Una cierta determinada tendencia a confundir a los amigos de José. Un día aparece con un caleño casi blanco que es manejador de montacargas. Tiene unos treinta años. Lleva mucho tiempo viviendo en Estados Unidos y, lo más importante, ha aprendido a callar. Es fornidísimo, macizo, pequeño, y tiene la costumbre casi blanca de la melancolía. El otro, el del día siguiente, con el cual vamos a Flushing Park, es más moreno y tiene una dificultad más grande para ensamblarse como hombre de clase baja. Él sabe que en Colombia no era nada más que un obrero de salario mínimo, y se nota que no tiene ningún seguro de la industria de su país, que es un país sin industria... un país con un sector servicios sobredimensionado pero sin un salario justo para sus expectativas. Familias grandes, de tres hijos, que ya se vuelven imposibles. Avelino, el del segundo día, espera a que yo hable más para saber cómo me va a decir. Después del equívoco del día anterior sobre llegar por el Norte me siento presionado a manejar con más cuidado el lenguaje. Sin embargo, termina diciéndome profesor y sabe por qué lo dice y yo me siento más tranquilo. Las calles que conducen a Flushing Park son

de pobreza. José conoce tan bien el sector que nos ubica entre los deshuesadores de carros y venta de partes de automotor: compra y venta de chatarra clasificada como en cualquier parte del mundo. Es una ampliación de la Avenida Sexta de Bogotá... La arquitectura de las viejas casas con ático o de los edificios de cuatro pisos, que se deben también a la inteligencia urbana de Robert Moses, son el principio de una erosión en la que la gente se resigna a vivir. Vamos a internarnos directamente en donde sucede la compra, la venta y el consumo de la "cosa", como le dice José, con gran desprecio y cariño, a algo que parece ser el célebre CRACK. Scrab mental.

Bruckner Boulevard con Longwood Avenue. Desde ahí se divisa un claro en la selva urbana. Los almacenes tienen los nombres en español: *Loco precio, Persuasión, El Tabernacle del Rvdo. Jackson Pnest.* ¿Cuántas formas de religiosidad popular se alcanzan a dar en Nueva York para migrantes hispanos?

...Ascenso del protestantismo, santería cubana y afro-brazilera y un catolicismo sincrético que se luteranizó en el sentido de que cada persona hace un uso de sus conocimientos no bíblicos pero sí sacros, hasta encontrar las síntesis que busca. Por ejemplo: hay un almacén de figuras religiosas católicas con litografías como las del Cementerio Central y formas de culto parecidas, pero la presencia del sacerdote que organiza todos esos elementos litúrgicos ya no está cercana sino lejana, y además las catedrales o las iglesias desmesuradas, hechas con el dinero acumulado por la pobreza del diezmo, primicia del dolor de Suramérica y Centroamérica, ya no están. Eso alivia a la gente y la hace asumir su religión como protestante pero católico y así se arma la producción de nuevos cultos que se pautan pendularmente por el éxito económico de los hispanos migrantes. Si no, siempre queda Salvation Army. Todos saben qué es Salvation Army. Una cosa pintoresca que está en las esquinas, con una pequeña banda que pertenece a la liga antialcohólica, y que protege a los borrachitos de los Estados Unidos. Esa es la visión cinematográfica de Salvation Army. Pero la visión real es que Salvation Army es el brazo armado, el ejército

del proyecto Henry Adams. Henry Adams es sobrino de un judío rabino checo que se traslada a Boston hacia 1860. La hija de ese rabino se casa con un bostoniano hijo de los migrantes tradicionales, de los que están enterrados en el cementerio pequeñito de la primera *chapel* de Boston, en la zona bancaria, en donde está la gente muerta entre 1600 y 1750 -pero no cualquier gente: sólo la gente que fundó a Boston. Adams pertenece a ese grupo social en el que se cruza el migrante judío de finales de siglo XIX con el migrante «criollo», o sea proveniente de Inglaterra y que funda la riqueza de Massachussets. Henry Adams vive entre 1870 y 1920 y tiene un libro muy importante que se llama *Education of Henry Adams by Henry Adams*. Es el solipsismo llevado a una expresión... muy soberbia. Pero él era un hombre de la *culture*, de la alta cultura mundial (escribió dos novelas). Es uno de los autores más brillantes que ha dado la lengua inglesa. En su libro, que es uno de los libros más místicos que uno pueda leer en su vida, hay dos capítulos en los que él cuenta el momento en el que, en una exposición universal de Bruselas en 1900, la gran feria de transición del siglo, descubre que la fuerza del progreso, del dínamo, va a ser al mundo lo que la fuerza de la virgen fue a la construcción de las catedrales góticas. El proyecto de Henry Adams es que la cultura traspasada a Nueva Inglaterra debe producir los doctores del mundo -entre ellos el último que hemos conocido se llama Virgilio Barco- a su pesar o a su no pesar, así es.

Cobre Bronce Aluminio Ploms -un bilingüismo para la forma como brillan los metales en el desguase de los carros... ¿Cómo se llama en inglés y en español de allá esta acción? La gente de los basureros de carros a la salida del Bronx. Hay homeless que por cinco dólares le consiguen a José las piezas que necesita para acabar de arreglar la camioneta Volvo, que es una mimesis de la Volvo en perfecto estado y arreglada, pagando mucho dinero, que tiene Mick. José necesita la puerta del chofer y distinguimos la Volvo recién quemada para cobrar el seguro. Se trata de que no hay que reparar el motor sino pagarle a un negro. ¿Por qué un negro? Cincuenta dólares y quema el carro. El

propietario denuncia la pérdida y la policía lo encuentra al día siguiente quemado, y el seguro paga, y el individuo compra otro carro. Dice José: «Este carro está recién quemado pero la policía ya le ha puesto el sello amarillo: propiedad de la ciudad. Ahora podríamos acercarnos a ver si la puerta está buena y volver por la noche a ver si el negro mendigo la ha quitado y se le dan veinte dólares máximo». Cuando nos acercamos descubrimos que la puerta está dañada. El negro viejo mendigo, con su carrito de mercado lleno de cosas inservibles para mis ojos, de alguna manera ha logrado comunicarse con José. Vamos andando y reflexionando todos en la camioneta acerca de cómo se va quedando el migrante después de la toma de los edificios y la toma de los High School abandonados. La alcaldía no puede sacar a las personas que arreglan un edificio, y después de cierto tiempo el edificio es de uno.

Setenta cuerdas sin una sola construcción habitada. En los edificios vacíos venden la cosa esa. José asume que él no sabe nada del negocio, y los *partmaires* que lleva siempre a donde Mick parecen ser personas del cartel de Cali, de las del único envío.

Vienen y traen una sola vez un poquito, media libra o algo así que les financia el viaje, en alguna parte de su cuerpo. Cuando las cosas se ponen más o menos duras se salen del negocio sin dejar ninguna mala sangre con los mañosos y de allí comienzan la vida como inmigrantes comunes y corrientes. Infiero en los gestos de José que sus acompañantes son casi desechables, pero que él en cambio, con sus conocimientos y su ironía de desempleado, puede llevar uno u otro y después no volverlos a llevar nunca. Dice Mick: «Trae uno y nunca lo volvemos a ver. Están regados por Nueva York y José les puede alquilar perfectamente una habitación de su casa y allí viven mientras se establecen. No falta la comida, ni la ropa, ni el abrigo a la intemperie invernal... Eso como solidaridad es un gran capital, ya es tener mucho». Esta atmósfera de que son reemplazables siempre por otro, mientras que él no lo es. «Cada día, sin exagerar, se están esperando personas que llegarán a Nueva York por el Hueco». Debe

haber otras entradas que deben ser averiguadas, entre ellas los migrantes con visa de residentes que van a Quito por 15 días y al regreso traen también su kilito. Lo importante de todo esto es el menudeo. Gente *llevada* -en el sentido más exacto de la palabra- comercia entre perros policías y mujeres policías y policías italianos corruptos en el negocio de los carros y las bicicletas vendidas por partes, y los italianos que manejan la basura y que presionan con procedimientos de mafia la violencia con el apoyo de la policía.

Sigamos con el infierno. Definición: es una serie de setenta cuerdas deshabitadas donde antes vivieron judíos polacos o negros de clase media, que ahora quieren ser recuperadas, con batallas de invasión, por otros sectores de *codom* de la urbe de Robert Moses. Allí, en esas largas calles deshabitadas, entre las puertas tapiadas con cemento, se han abierto huecos del tamaño de un puño. Allí, entre todos los drogadictos violentos del crack se hallan los vendedores al menudeo. Tú metes la mano y dejas los 20 dólares y después de un momento pasas y en el mismo hueco hecho en el cemento del tamaño de un puño encuentras tu dulce porción de intoxicación y delito. Criterio semi-blanco con jugueteo de libertad en el fondo freedom que los policías conocen demasiado bien después de años de darse duro con la sociedad de la cual emergieron. Las brigadas anti-narcóticos y migrantes. Composición y razas y barrios y demás. En este infierno no pasa nada excepto la soledad de los ancianos negros sentados en las mecedoras extraídas de la basura y los sofás con colchones encima que le permiten al drogadicto echarse una descansadita. Estamos buscando a Eric, amigo de Mick, que también es de Puerto Tejada, que nunca aparece. Pero José quiere orinar. Entramos a su casa. Ella está de shorts. Es una caleña de clase popular y está haciendo la tarea para el High School. Está viendo simultáneamente una novela venezolana y/o mexicana con su hija de seis años. Hay un plato plástico con arroz hecho a la colombiana y algo de pasta con salsa de tomate. Los cambios exteriores han sido nulos. El único cambio es que de haberse quedado en Cali vivirían en un barrio invasión susceptible de deslizarse.

¿Cómo vive el pueblo? Tal vez como dice García Márquez al final del Otoño. Con cierta puerta del corazón siempre abierta y sabiendo que no hay más vida que ésta que estamos viviendo día a día, mi general. Flujos sueltos de eso. En la casa de la mujer de Eric y donde José, cuando Estela, con 9 meses de embarazo, se estaba bañando.

Seguimos por el infierno. Una calle populosa. Hay siempre un muerto, dice José, y el muerto es siempre un hispano... Coincide con la violencia negra que está desarrollándose en el Bronx en esos días. Consultar el *New York Times* y la prensa latina. En efecto, pasa la sirena y hay alguien yacente en el piso. «Pudo ser un ataque», digo yo... En efecto, eso parece, pero José quiere que sea un muerto y que sea negro y que no sea él porque él tiene inmunidad de colombiano.

Esta calle es el purgatorio. Se sabe que es violenta en la medida en que todo el mundo dice que es violenta porque es muy violenta ¿Cómo decir esto menos cantinflescamente? Vamos a entrar en el paraíso, según José. La historia de sus visiones de Nueva York contra la representación monumental de Robert Moses. Ahora lo que pasa es que la gente se cansó de vivir en esos apartamentos tan encajonados. ¡Les está diciendo apartamentos encajonados a la gran gloria de Hollywood! A la arquitectura de Nueva York que hizo posible la ironía posmodernista de Woody Alien... Sin estos pisitos para cómicos solitarios de día de Acción de Gracias en el cine de Woody Alien, más mal que bien no habría sido un capítulo completo de la nostalgia. De eso sólo sabe él...

José quiere cambiar a Nueva York con un ímpetu mayor que Koyaniskatsy. La piqueta demoledora del progreso, en vez de dar más rendimiento hacia arriba, debe comenzar a tener un rendimiento hacia los lados. Desarrollo horizontal, casitas del ICT de Colombia pero con el modelo solar para el asado y el antejardín para poner gallitos. Hélices de plástico liviano, porche elegante conforme a los deseos de mujeres que ven revistas trasnochadas; dos leones, por ejemplo, en marmolite; un golpeador de bronce brillado, un dispensador de agua para regar el césped y un perro lobo y muchas mallas para subrayar la intimidad en su sentido más clase

media privatizador nuevo orden de la basura y los recolectores oficiales y cuidado con el homeless y así y así ¿para dónde?

Para una forma blanca uniforme de suburbio que ya no diferenciará a las clases medias bajas de ninguna parte del mundo. Mick se voltea y me dice: «Y pensar que hemos luchado más de 30 años contra esto... Pero evidentemente estamos en el suelo. Las casas antiguas las entregan con 10 mil dólares y se pagan en veinte años. Y nadie pregunta sobre la subdivisión y los antiguos saludos y las reyertas de comunidad en las escaleras de los edificios de Moses».

Definitivamente Moses es enemigo de José en tanto es amigo de Woody Alien. Manhattan se convierte entonces en la vitrina de un poder que ya nadie quiere. Lo mejor es dejar que allí vivan los blancos con su torre 666 y su torre Trump y su Empire State a punto de postmodernizarse.

París es la ciudad de los espejos, dice Carlos Fuentes. Nueva York es la ciudad de los vidrios transparentes, sin azogue. Para los habitantes de París la ilusión alimenta la vida. Somos la clara conciencia de ser uno y otro en sí y en el otro. Nuestra posibilidad de ser en el otro se transforma en la duplicación y en la magia del azogue que permite una uniformidad de lo reflejado, un convenio sólo transgredido por los vidrios deformados de los espejos cóncavos y convexos. Una distracción de feria pueblerina. El resto es perfecto. Es la realidad - lo reflejado es la realidad. Más importante que comprar es ser consciente de los reflejos. De un momento a otro se hizo más necesario comprar y se hizo necesario el vidrio transparente de distintos grosores y distintos colores y opacidades o brillos, no sólo para rescatar la vivienda de la mirada del otro sino todo lo contrario, asumir que la mirada del otro sobre el producto o mercancía es lo más importante. Vitrina en español que quiere decir vidrio, o sea superficie vertical de plano transparente detrás de la cual se exhibe lo que puede ser tocado sólo si se tiene el dinero para adquirirlo o, a lo menos, si se puede simular que se puede comprar, ahora o en otro momento. Todo el universo de representaciones de la vitrina está comenzando a ser estudiado apenas hace unos veinte años, cuando la publicidad desplazó la atención del

consumidor de la vitrina a la valla publicitaria y al aviso de neón, y mediante este proceso vemos lo que queremos ver. Ya no es el producto sino su representación publicitaria... Después de este punto compramos para verificar su *posibilidad de consumo* después del acto imaginario de haberlo dibujado mágicamente en las paredes de la cueva. Se dice que Salvador Dalí viajó a Nueva York en la posguerra, hacia 1949, y que caminando por la Quinta Avenida decidió enarbolar su bastón, y emprenderla contra los vidrios de las vitrinas de los grandes y sofisticados almacenes que ostentaban en ese momento el *tempo* clásico de la exhibición en vitrina y de la capacidad del brillo de la mercancía. Un *tempo* aquel que, ó ó 7 años después, Truman Capote llamaría «Desayuno en Tiffany's». Es decir, la aspiración de la provinciana call-girl que se ve envuelta, por ingenua, en un negocio de drogas con un venerable anciano italiano que operaba desde la cárcel de Sing Sing. 1955, Modelo de deseo: ir a desayunar a la Joyería Tiffany's. Pero la chica semi-prostituta ignora el vuelo neoyorquino de su aspiración.

Primera muía de razones entre la isla de Manhattan y la isla del penal. Comercio interinsular para prefigurar la muía de un semi-continente a otro. La niñita cali, que sólo se acostó con once tipos después de su matrimonio a los 15 años con un granjero de Alabama. Creía que al anciano mañoso en la cárcel de Sing Sing le gustaba hablar con ella por cien dólares la vez, pero sólo cuando se metió con el alter ego de Truman Capote gay en la novelita se da cuenta de que está siendo explotada por la mafia para -mediante un código de señales meteorológico que ocultaba los puertos de desembarque en Nueva York de la droga (opio y morfina de Marsella)- transmitir los desembarques del viejito a las conexiones exteriores, para continuar burlando al departamento antinarcóticos de Nueva York. La jovencita es sin duda una prefiguración sagaz de un mundo. Ella quería desayunar en Tiffany's, pero tuvo que desaparecer detrás del vidrio oscuro de una limosina de época. Vidrios entre las islas y en la vitrina de la joyería más famosa del mundo, donde los migrantes judíos de Europa Central logran lo que nadie antes había logrado en el mundo, la posibilidad de incrustar el lujo -el luxury- la

lujuria de la mercancía en el centro del proyecto calvinista. Naturalmente en Filadelfia hay un antecedente del vidrio así entendido... Me refiero al vidrio de Marcel Duchamp. Con el vidrio roto. La obra de arte que funda el arte conceptual y no retiniano pero sí retiniano - sólo que la retina tiene el cristalino roto- todo el manoseo del vidrio y el cristal está en el Gran Vidrio de Marcel Duchamp. Circa 1915-1922. Ahora es 1990 y estoy en Flushing Park. Detrás del aeropuerto de la Guardia que recibe el nombre de un arquitecto italiano... El parque se ha convertido en el sitio predilecto de los migrantes para hacer deporte. Son las seis de la tarde. El sol se pondrá efectivamente hacia las siete y treinta. Muchos empleados colombianos y ecuatorianos se dan cita para jugar un rato, más o menos desde las cinco y media y hasta las siete, en estos días primaverales intensamente fríos, pero no más fríos que una cancha de fútbol en un potrero lleno de neblina cerca al aeropuerto de El Dorado hacia 1970 en Fontibón. El tiempo se está moviendo dentro de este parámetro relativamente amplio de 20 años, que son la historicidad de esta movida de migrantes que vamos a investigar.

Hace frío y José parquea la camioneta junto a un carro habitado por migrantes ecuatorianos, con una idea de autenticidad bastante mayor que la de los colombianos, por lo menos en la indumentaria. En la parte de adelante el joven jugador trabajador migrante se está cambiando de ropa junto a su madre de 70 años, vestida con pañolón y sombrero de fieltro boyacense. Parejas pasan con hijos pequeños. Super colombianos. Ellas con chompa para el frío y él con sudadera y chompa. Los niños bien tratados y bien comidos y bien abrigados. La más seguro es que con tres años no vayan a recordar ni a Colombia ni al Flushing Park de ese momento en su relativamente futura adulta vida en Manhattan o en Bronx. Llevan un cachito de marihuana que ya se está acabando y marido y mujer meten rico en esta atmósfera de frío y de buena vida que representa un parque tan grande y tan tranquilo. Pasa un hombre en una bicicleta y no está forzando mucho el cuerpo: está haciendo ejercicio pero no se siente obligado a mimetizarse con Lucho Herrera. Simplemente está estrenando vida,

como burócrata de su propio tiempo libre... lo está administrando.

José propone que vayamos hacia la tierra y señala un globo vacío en armazón de hierro, hecho con los mismos elementos del que se presentó en la Feria Internacional de Bruselas en el primer año de la aeronáutica (me imagino hacia 1970 también). Nos acercamos lentamente hacia ese sitio y encontramos que queda más lejos de lo pensado. Como son las seis y veinte deseamos retornar al calor del automóvil. José está en camisa y Avelino, el del Banco Popular Colombia, se aguanta cualquier cosa y hablamos y yo les señalo la pareja con el cachito y los ancianos ecuatorianos y ellos, por primera vez, comienzan a darse cuenta de que no es verdad que ellos se den cuenta de todo en realidad, sólo se dan cuenta de los intereses laborales que los han traído hasta acá. Lo mismo que yo, pero desde otro ángulo. Cuando llegamos a la bola de hierro veo que los continentes y las superficies terrestres de más allá de cierto tamaño aparecen en el mapa y que el resto está vacío y que esa estructura metálica gigante está cerca de toda la inducción que hace que otros vean al Flushing Park con el vacío sosegado de los comedores de la hoja de loto y así se va llenando la tarde de tranquilidad y de cansancio de recién llegado. El parque El Retiro de Madrid a finales de invierno, hacia febrero 8, deja más o menos la misma sensación física. El parque continuará y pronto la presencia de los hispanos que van allí a jugar y pasear introducirá ciertos hábitos alimenticios.

Como por la mañana he estado en Manhattan, puedo realizar la idea. La gente desde este lado de la ciudad ve a Manhattan como detrás de una vitrina. La vitrina de los almacenes se ha convertido en una nueva sumatoria de vidrios y de aislamiento de los habitantes de Manhattan que hace que todas sus apetencias y deseos, lo mismo que sus mercancías e indumentaria en el sentido de la moda y la representación, elaboren una caja de vidrio de la cual Broadway, el sitio importante donde pasan las cosas, sufre un súbito traslado hacia otra parte. Ya no importa lo que pase allí, al fin y al cabo en Wall Street la nueva realidad es un desempleo de 40 mil empleados de bolsa echados los últimos meses.

El mayor especulador de la bolsa ha llorado ante el jurado y acepta que con tal de que no le den 6 años de cárcel por negociar bonos basura, él pagará una multa de seis millones de dólares. Pienso: de la misma manera en que los koguis creen que la sociedad blanca son los hermanitos menores que deben cuidar para que no destruyan la madre tierra, estos mestizos pequeñitos de Flushing Park son, tal vez, portaestandartes de la misma actitud. Desde la transparencia de la bola réplica de la de Bruselas el mundo de Manhattan se ve como detrás de un vidrio al que una patada de un jugador, un disparo futbolero bien dado, podría romper en mil pedazos. Ya hay fisuras. Los negros de Harlem en bicicleta atraviesan la Quinta y la Sexta con sus walkman muy sintonizados, y para avisar su paso emiten un grito que es de despojo y de conquista al mismo tiempo.

Ha comenzado a salir el nuevo aviso de vodka que se llama *Absolut Manhattan*. La idea es jugar con la apariencia de Manhattan: parece una botella con la base en downtown y el cuello en la parte donde se cierra en Hudson y el East River Side. Como si la botella tuviera un cuello que estuviera un poco echado a la derecha. Esta botella tiene en el centro una gran burbuja que es el lago en el corazón de Central Park. ¿Dónde está el vidrio entre una y otra? La problemática de la representación de Manhattan: por los publicistas que en plena perestroika deciden vender una botella de vodka del tamaño de la isla, motivo por el cual la isla estaría rodeada de vidrio por todas partes. ¿Cuál es el contenido líquido del gran vidrio? ¿Cuál el contenido de la transparencia de esta ciudad con su parque de migrantes y su aeropuerto de la Guardia adornado con el globo transparente y su isla de Manhattan rodeada de vidrio por todas partes como una botella de vodka? Es la nueva realidad de los tiempos. Pero el vidrio de esa forma de ser, indistintamente el uno o el otro, sin la mediación del espejo, se parece a la ausencia de crítica para una conciencia natural subjetiva sin reflexión, y esta prolongación en la cadena de las representaciones homoeróticas será la nueva ayuda (AID) que el mundo no quiere *desidar*.